

“No temas; basta que tengas fe.” (Marcos 5,22-43)

Jairo era jefe de la sinagoga. Su hija estaba muy enferma y temía por su vida. Sabía que Jesús estaba a las orillas del lago y no dudó en acudir a él.

Rodeado por una multitud el Señor acababa de sanar a una mujer de sus hemorragias crónicas. Escucha la petición desesperada de Jairo y le acompaña hasta su casa. Entonces llega la fatal noticia: *“Tu hija ha muerto.”* Jesús le calma: *“No temas; basta que tengas fe.”* Hace salir a todos de la habitación donde estaba la niña. Se queda con sus padres, con Pedro, Santiago y Juan. *“Contigo hablo, niña, levántate.”* Ella se puso en pie y comenzó a andar.

De la narración de este hecho tan extraordinario, quisiera rescatar el proceso vivido por Jairo. Siendo jefe de una sinagoga y estando Jesús tan cuestionado por muchos escribas, sacerdotes y fariseo, no teme ir a su encuentro. Se abre paso en medio de la muchedumbre, le habla y suplica su intervención.

Es la fe activa de Jairo. No se queda con los brazos cruzados. Podemos ver en esta actitud una llamada: la fe reclama gestos concretos, salir al encuentro del Señor, dar la cara por Él en medio de las gentes y hacer profesión de nuestro credo.

El silencio, el anonimato, el esconder nuestra fe a los ojos de los demás parece ser hoy una exigencia cultural, particularmente si nos referimos a la fe católica. (Curiosamente la proclamación de un credo alternativo minoritario se asume con mayor simpatía.)

De este modo, acosados por la “multitud”, arrinconamos nuestro credo en lo secreto y poco a poco lo empobrecemos hasta el punto de no saber si realmente creemos o no. Hay una estrecha relación entre la vitalidad de nuestra fe y el lenguaje desde el cual la manifestamos. Si no dotamos a nuestra fe de expresiones concretas terminaremos renegando de ella.

Jairo confiesa su fe en aquel cuestionado predicador, no pudiendo librarse de sus miedos. La fe reside en la certeza sobre algo respecto a lo cual no se tienen pruebas definitivas. Y ese salto cualitativo entre lo objetivamente demostrable y lo supra-racional, exige el riesgo que hace de la fe un acto de abandono.

Dar razones del propio credo es una exigencia de nuestros tiempos, pero nunca estas razones terminarán por justificar el por qué sigo creyendo en un Dios que ha querido manifestarse en la debilidad de la mediación eclesial. La fe no se entiende sin la capacidad de arriesgarlo todo por alguien a quien se ama y en quien se confía, desde la radicalidad de la propia pobreza.

